

IX

Toma de Oaxaca y restablecimiento del gobierno local. Alcance en la Seda por el teniente coronel Félix Díaz.

1860

Las fuerzas liberales del Estado de Oaxaca se reorganizaban en la sierra, y las conservadoras, á su vez, con recursos bastantes, lo hacían en la capital, aumentando los efectivos de sus cuerpos, al extremo de que, puestos éstos en alta fuerza, y bien dotados de armas y municiones, no se creyó necesaria para guardar la ciudad la columna auxiliar que de México les había sido enviada con el general Santiago Cuevas, y la cual, á virtud de ello, regresó al interior de la República.

El general Díaz, al referirse á los intentos de las tropas liberales contra Oaxaca, dice en sus apuntes relativos:

«Nuestra inferioridad numérica nos ponía en la necesidad de intentar un golpe de mano que el enemigo no pudiera prever; pero esto se dificultaba mucho, porque todos nuestros amigos civiles que formaban el gobierno local, y que vivían con nosotros, sin comprender la importancia del secreto en asuntos militares, daban á sus familias que estaban en Oaxaca aviso anticipado de cuanto nosotros pretendíamos ó ellos sospechaban que íbamos á efectuar; y de este modo hacían, sin intención dañada, y sólo por dar nuevas consoladoras, abortar nuestras combinaciones, pues las versiones se propagaban de boca en boca, hasta llegar á conocimiento del enemigo. Tuvimos, pues, que confinar á varios de ellos á otros pueblos de la sierra, donde no había cuarteles, y cuidarnos más de los amigos indiscretos que de los enemigos.

»Nos ocupábamos de los trabajos preparatorios de nuestra expedición, cuando recibió mi hermano Félix, que en el ejército conservador había sido amigo del coronel Montero, quien á la sazón mandaba en las filas de Cobos el 9.º batallón, una carta de éste en que le proponía facilitar la toma de la ciudad mediante una gratificación de diez mil pesos.

»Para determinar detalladamente el servicio que Montero podía prestar, se le propuso, en respuesta, que saliera en altas horas de la noche á tener una conferencia conmigo, á un kilómetro de la ciudad, en un lugar que se llama Las Pozas Zarcas. Movimos con el sigilo posible todas nuestras fuerzas capaces de entrar en combate y las aproximamos á cinco kilómetros de la ciudad, sobre la sierra.»

Luego prosigue, en su Autobiografía, explicando todo lo referente á sus incidentes personales, previos al avance de las tropas, y cuyos incidentes lo motivaron, haciéndose ello en la forma siguiente:

«Me adelanté para esperar á Montero en el lugar designado, y me fuí en seguida á los arcos del acueducto de la ciudad, para cerciorarme, sin ser visto, de si Montero venía solo ó acompañado; pero no llegó él, sino que envió á un mensajero con una esquila en la que decía que comenzaba á sospechase de su conducta en la plaza, y que esta circunstancia le impedía salir, así como la de que en la misma se había sentido nuestro movimiento y que toda la guarnición estaba en guardia; pero que sin efusión de sangre podíamos ser dueños del convento del Carmen, y de la fuerza que lo defendía, si nos sujetábamos á sus instrucciones, que consistían en que, al llegar la persona señalada para el caso á doscientas varas frente á la puerta de campo del citado convento, hiciera con el brazo un movimiento circular con un cigarro encendido, señal que sería contestada en la misma puerta del Carmen, en donde estaba la guardia de prevención del 9.º. Una vez correspondida la señal, decía, debíamos entrar en columna hasta dicha puerta, advirtiendo Montero, en su esquila, que al entrar nuestra columna, correría la guardia hacia el interior del cuartel, y que este movimiento no debía alarmarnos, porque tenía por objeto sorprender una fuerza que había en el interior del referido convento, y la cual no estaba en la combinación. El convento cierra una calle, que por eso se llama «Cerrada del Carmen,» y la puerta del campo corresponde á lo que debería ser continuación de la expresada calle.

«Después supe que todo esto era un ardid de Montero, para poner nuestra fuerza bajo sus fuegos é impotente para luchar; pues que las azoteas de ambos lados de la calle que nos llevara á la puerta del Carmen estaban cubiertas de soldados, que nos habrían acribillado por completo al ponernos debajo de ellas, y que tenía en el patio del convento una batería de cañones abocados para el zaguán. Sospechando que esto fuera más ó menos así, había yo dispuesto ejecutar sus instrucciones, pero sólo con cincuenta hombres, puesto que, si contábamos con el 9.º, pensé que no necesitábamos más para ser dueños del Carmen; y en tal concepto dispuse que el resto de nuestras fuerzas, que llegaba á setecientos hombres, atacara en su oportunidad, en dos columnas, el convento de Santo Domingo, tomando en cuenta que, si Montero de mala fe nos resistía en el Carmen, debería estar muy reforzado ese punto y relativamente débil el otro.

«Después de haber formado este plan, regresé á encontrar al coronel Salinas, que debía estar esperándome con alguna fuerza al pie de la sierra; pero apenas llegaba cuando comenzó una lluvia torrencial que nos inutilizó los caminos y puso á nuestras tropas, sin más refugio que la selva, en condiciones que sólo pudieran resistir fuerzas aguerridas y voluntarias como las que teníamos. En las vertientes de la sierra donde estábamos, pronto corrieron las aguas á torrentes, entre las peñascosas quebras del áspero terreno, y aquellas corrientes profundas é impetuosas, que era imposible franquear, nos imposibilitaron para movernos. Esto impidió que diéramos el asalto proyectado para esa noche.

«Al día siguiente, 4 de Agosto de 1860, calculábamos que sería muy difícil una contramarcha á la sierra, porque todos nuestros soldados no volverían de buen grado, pues habían consentido en el ataque y tenían á sus familias en la ciudad; y cuando hablábamos los jefes sobre el asunto, se avista una fuerza enemiga y comienza á tirotearnos. De pronto hicimos un movimiento rápido sobre ella, que la obligó á replegarse á su centro de operaciones, y nos establecimos en la hacienda de San Luis, como á dos kilómetros de la ciudad, ocupando, además, la hacienda de Dolores. En esa posición pasamos toda la noche, y como á las tres de la madrugada siguiente se me presentó un desertor del enemigo, avisándome que en la noche se había movido éste sobre nuestro campo y que de-

bíamos tenerle muy cerca. Mandé comunicar esta noticia al teniente coronel D. Ramón Cajiga, que ocupaba la hacienda de Dolores con el batallón Juárez, y volvió el ayudante avisándome que el enemigo estaba de por medio. Dispuse entonces que el teniente coronel D. Manuel Velasco, con la mitad de su batallón, batiera á la fuerza que se nos había interpuesto.

«En esos momentos comenzaba á despuntar la luz del día, y vimos que á nuestra espalda había un fuerte puesto militar, que nos habría estorbado volver á la sierra si lo hubiéramos intentado; era la mitad del noveno batallón, mandada por su teniente coronel D. Manuel González. Mandé batir de preferencia esa tropa por los capitanes D. Luis Cataneo y D. Fidencio Hernández, quienes lograron derrotarla, y la obligaron á incorporarse con el grueso del enemigo por el ramal de la sierra que termina en el Fortín de la Soledad.

«A lá sazón fué rechazado Marcelino Cobos, que atacaba la hacienda de Dolores, y á virtud de todo ello, se me pudieron incorporar los tenientes coroneles Cajiga y Velasco con sus respectivas fuerzas, así como los capitanes Luis Cataneo y Hernández con las suyas. Acto continuo, el general José María Cobos, con el núcleo principal de sus tropas y con tres baterías, sin esperar á los rechazados de Dolores, que hacían un rodeo para incorporársele, emprende su avance resueltamente sobre las posiciones que ocupaba yo en la hacienda de San Luis.

«Ejecutamos entonces un movimiento general, saliendo á la llanura al encuentro de Cobos; lo rechazamos, quedando en nuestro poder sus cañones más pesados, y le obligamos á retirarse á la ciudad. Dispuso entonces el coronel Salinas que con el batallón de Morelos, mandado por Velasco, y los guardias nacionales de Miahuatlán y Ejutla, ocupara yo la plaza de armas, mientras que él se dirigía contra el Fortín de la Soledad. Después de una tenaz resistencia en las calles por donde tenía yo que penetrar á la plaza, en cuya resistencia perdí muchos soldados y oficiales, y fuí herido por una bala que me inutilizó la pierna derecha, logré desalojar al enemigo de la plaza de armas, del palacio, de la catedral y del convento de la Concepción, dejándolo reducido exclusivamente á Santo Domingo y al Carmen.

«Comencé desde luego á horadar dos líneas de manzanas con dirección á Santo Domingo, para acercar mis columnas á esa posición, á cubierto de los fuegos enemigos, y dar un asalto al convento de Santo Domingo. Me propuse salir con mi fuerza por las casas que quedaban frente al convento, y proteger el ataque desde las alturas de dichas casas. Este trabajo duró todo el día y parte de la noche del 5 de Agosto de 1860. El coronel Salinas se me había incorporado, y todas las operaciones las ejecutaba ya con su aprobación.

«Adelantados nuestros trabajos, en condición de poder dar el asalto al amanecer del día 6, nos avisaron que el enemigo había derribado parte de la pared de la huerta de Santo Domingo y que por allí emprendía su fuga. Como yo había sido herido desde las nueve de la mañana del día anterior, y no pudiendo andar á pie habíalo hecho á caballo, no estaba ya en condiciones de sostenerme y mucho menos de combatir, pues la inflamación de la pierna derecha, que rompía el pantalón, me postraba. El coronel Salinas y los otros jefes, sin contar, pues, más conmigo, movieron las fuerzas hacia Santo Domingo, en mi concepto con intención de perseguir al enemigo, pero no lo hicieron por razones que ignoro.

«Los combates del 5 de Agosto de 1860, que dieron por resultado la toma de Oaxaca, me valieron el ascenso á coronel del ejército permanente, que me mandó de Veracruz el presidente Juárez.» El coronel Díaz, alma de aquella situación, atendido en todas sus indicaciones por el coronel

tal, que se intentó por sus enemigos arrojarle del puesto. Sobre estos puntos de política, el general Díaz expresa lo siguiente:

«Conociendo el disgusto que había contra D. Marcos, mi antiguo y distinguido maestro, y la intención de deponerlo, emprendí en su favor una lucha con Salinas, que era la persona principal que llevaba la voz entre los descontentos. Me dijo éste que nada se promovería en su contra si conseguía yo que ofreciera remover á los dos jefes políticos que más quejas habían motivado.

»Estando todavía enfermo de mis heridas, dije á don Marcos, al hacerme una de sus visitas, que él era un hombre muy respetable y muy correcto, pero que le perjudicaba mucho la manera con que consentía á sus jefes políticos, contra quienes había multitud de quejas. Me contestó que no tenía más noticia de esas faltas que simples rumores, sin pruebas que los justificaran, y que él no podía abandonar á sus amigos.

»Le ofrecí entonces que yo no haría ni permitiría que se hiciera nada en su contra, y que podía estar seguro de que mientras permaneciera en Oaxaca no se le molestaría, lo cual sabía él bien sin necesidad de que se lo dijera, porque mis antecedentes y relaciones con su persona me obligaban á proceder así; pero que no podía responder de lo que se hiciera después de mi salida, que estaba ya próxima, y que tuvo lugar precisamente el 20 de Octubre de ese año. En efecto, ausente yo, don Marcos fué encausado con el pretexto de que no había presentado la Memoria anual que requiere la Constitución del Estado; y depuesto por la Legislatura el 8 de Noviembre de 1860, fué designado gobernador interino D. Ramón Cajiga, quien nombró secretario suyo al licenciado D. José Esperón, que había sido el jefe de la conspiración contra don Marcos. No pudo sobrevivir éste á la decepción que le causó el procedimiento dicho, y falleció el 19 de Agosto de 1861. Así perdió la República uno de sus hijos más preclaros.»

El general Díaz, tras de expresarse así de su antiguo maestro, como si colocara una flor de recuerdos sobre la tumba de su hermano muerto, en el curso de sus apuntes hace memoria de don Félix, y explica al fin cómo se hallaba á su lado cuando tuvieron lugar las dos últimas luchas sobre la ciudad de Oaxaca, y su brillante éxito en el alcance que dió á Cobos en La Seda. Dice así:

«Mi hermano Félix nació el 2 de Mayo de 1833, cinco meses antes de la muerte de mi padre. Aunque la diferencia entre nuestras edades respectivas era insignificante, siendo yo el varón de más edad en la familia, me trataba y consideraba como padre más que como hermano. Fué uno de mis más eficaces colaboradores en mi carrera militar y selló con su sangre su adhesión á mi persona.

»Mi hermano era muy afecto á todos los ejercicios físicos, y como su constitución era robusta, llegó á adquirir una gran fuerza muscular. Estaba dotado de cualidades especiales para soldado, y siempre dió prueba de ellas en todos los combates que sostuvo, en los cuales demostró mucho valor y una gran serenidad. Tenía talento natural, aunque poco cultivado; era jovial, y á veces y en momentos solemnes, hasta chocarrero. Estaba dotado de grandes recursos para la guerra, y en los instantes de mayor peligro, le ocurrían los arbitrios más felices y los ardides más ingeniosos y de mejores resultados.

»Comenzó Félix su carrera en letras, en el Seminario de Oaxaca, el año de 1846. Estaba estudiando primer año de Filosofía en el Instituto de Ciencias y Artes del Estado, cuando me manifestó su decidida vocación por la carrera militar; y como no le atendiera, se presentó voluntario á un batallón de artillería.

»No me satisfacía que adoptara tal carrera sin los estudios correspondientes, y conseguí del

Gobierno su baja en el batallón y lo envié, como me fué posible, á México á sentar plaza en el Colegio Militar, lo cual se me facilitó por las relaciones que D. Marcos Pérez tenía en la capital.

»Fué contemporáneo en el Colegio Militar de D. Miguel Miramón, quien era capitán de su compañía. Después de dos años de estudio en el Colegio, y cuando había sufrido los exámenes corres-



EL TENIENTE CORONEL D. FÉLIX DÍAZ

pondientes, entre los cuales se encontraba el de las armas tácticas, obtuvo el empleo de alférez, y se le destinó á la guerra contra los bárbaros, que asolaban por entonces la frontera Norte.

»No recuerdo episodios importantes de su carrera en ese período, aunque le oí referir varios muy notables, especialmente uno en que le tocó defender un convento en San Luis Potosí; sólo sé que hizo una campaña muy activa contra los indios, y que le quedaba una cicatriz de herida causada por jara.

»Ascendió sucesivamente hasta llegar á ser teniente coronel y militó en las filas conservadoras, porque como él estaba en el ejército cuando el general Santa Anna volvió al poder en 1853, y todo el ejército permanente le reconoció, mi hermano siguió á sus camaradas.

» Cuando yo me hallaba en Tehuantepec, en los años de 1858 y 1859, mi hermano se sintió profundamente disgustado al saber que yo militaba en las filas contrarias, porque él no podía faltar á sus compromisos sin cometer una mala acción. En una de tantas noticias falsas que daba la prensa, se aseguró que yo había muerto en un combate en Oaxaca, y esta noticia que mi hermano vió en un periódico, le decidió á separarse de las tropas reaccionarias; y aprovechando la circunstancia de encontrarse ya no en filas, sino en el estado mayor del general D. Leonardo Márquez, pidió su separación y vino á presentarse en Oaxaca, en Marzo de 1860, á la sazón en que sitiábamos á aquella ciudad á las órdenes del general Rosas Landa. Oportunamente, sobre su marcha, supo que no era cierta la noticia de mi muerte. Se afilió á mi lado, y sirvió siempre después al partido liberal.

» Me acompañó en todas las operaciones del segundo sitio de Oaxaca, en nuestra retirada á la sierra de Ixtlán, en la batalla de Ixtepeji, en la acción de San Luís, y en la toma de la capital de Oaxaca.

» Después de la victoria que obtuvo en La Seda, de que hablé antes, salió con la brigada de Oaxaca, á las órdenes del ya general Salinas, y se incorporó en Tehuacán con el general Ampudia.»

No obstante la severidad de lenguaje del general Díaz, se advierte, se trasluce en las líneas transcritas, la ternura hacia el hermano á quien sirvió de padre; se ve así como una lágrima que pugna y no se deja correr, pero que denuncia el sentimiento empañando la mirada.



X

**Restablecimiento del gobierno liberal en México. Se cambia
el campo de acción de Porfirio Díaz.**

1860-1861

HEMOS visto cómo en Oaxaca habíase combatido reñidamente por el triunfo del libertador Plan de Ayutla, del que emanó el desafuero del clero y del antiguo ejército, y la gloriosa Constitución de 1857, que fué al fin la bien definida bandera del partido liberal, en una de las guerras civiles más sangrientas que hubieran desgarrado á la nación. Digno representante de ese luchador partido, el presidente Juárez no vaciló nunca en llevar á la más completa realización su programa, y á cada derrota sufrida por las principales huestes constitucionalistas, contestaba con la expedición de leyes arrasadoras, que debieran acabar con elementos y supersticiones y trabas de que el clero se valiera para sostener, unido con el antiguo ejército, el poder del gobierno conservador. Así expidió el 12 de Julio de 1859 el decreto de nacionalización de bienes eclesiásticos; el 23, dictó la ley sobre el matrimonio civil; el 31, la relativa á la secularización de los cementerios, y el 11 de Agosto la que limitara el número de días festivos y restringiera el culto externo.

Esas leyes, llamadas de *Reforma*, y que dieron su nombre á la guerra de la época que de Reforma se llamó también, se estimaron por los liberales como la gran solución del oscuro problema social, que demandaba el porvenir de la República.

Y así precisados los ideales ante el espíritu nacional, no se omitieron sacrificios para su triunfo; y como se peleaba en Oaxaca, se hacía en toda la extensión del territorio mexicano.

El general Miramón, presidente entre los conservadores, militar joven, valiente y de gran iniciativa, era el verdadero corifeo de su partido; el partido que, cuando lanzamos una mirada general sobre la nación, dejamos dueño de la capital de la República y con cuantiosos elementos en 1857.

Ese aludido general presidente, en lo principal dirigió é hizo bravo y activo la guerra contra los liberales, patriotas improvisados soldados. ¡Y qué tremenda y porfiada fué la lucha! Se peleaba por todos rumbos; y cual los jefes constitucionalistas en Oaxaca, Degollado, Doblado, Blanco, Antillón, Huerta, Uruga, Régules y otros, con suerte varia, se sostenían en el interior; Vidaurri, con Zaragoza, Zuazua y otros más, en el Norte; Pesqueira, García Morales y Vega, en el Occidente; González Ortega, en Zacatecas; Ogazón, Leandro Valle y Coronado, con un grupo de adalides, en Jalisco y Tepic.